

GEOGRAFIA IMPERIAL DE FRANCISCO DE ALDANA

Por PEDRO DE LORENZO

Per dolce triegua al duro mio pensiero..

(F. de A. 1563.)

NO deja de resultar significativo el hecho de que la primera poesía impresa del Capitán Aldana, poeta de nuestro siglo XVI, sea aquella *Del S. Franc. di Aldana, in risp. a M. B. Varchi*, edición de 1593, en que, a itálico modo, se loa el estado militar :

Ben grand'hauria ragon l'alto dolore...

En la serie inacabable de «excitaciones poéticas a la movilidad expansiva del Imperio», entre las de Argensola y Góngora, y Lope y Hernando de Acuña, y Micer Andrés Rey de Artieda y Tejada, ;tantas!, la voz de Aldana sube a Felipe II, afanosa de salvaciones para nuestra unidad de destino.

Aldana, el año mismo en que ha de caer, arma al brazo, dando cara al enemigo, se acoge por unos días a la soledad escurialense, y allí compone las famosas Octavas al Rey Felipe, que han de leer y releer cuantos se propongan glosar la geopolítica de la poesía española.

Cuatro centauros son —le advierte Aldana—,

*Cuatro centauros son que, a lo que siento,
dellos cualquiera un nuevo Alcides quiere,
y tú no dudes, Rey, que todos ellos
a ti se vienen con erguidos cuellos.*

Cuatro centauros son: el peligro del Norte o Francia; la amenaza del Sur o Mauritania; Turquía, al Este, y en el Atlántico, la Marina, cada día más fuerte, de Inglaterra y de Holanda. Las potencias europeas, la asechanza del Estrecho, el problema de Flandes, el poderío del Gran Turco: he ahí unos ejes capitales sobre los que rota el mundo poético de Francisco de Aldana.

—¡No tengamos gigantes por vecinos! —grita, estremeciéndole pensar en un Peñón desguarnecido, en una costa —la española—, abierta, propicia a la invasión, pues que carece de

*plaza, foso y través que fuerte sea;
dificultad de sitio en eminencia
do la misma natura es quien pelea.*

Atentos, cierto es, al interior; mirando desde dentro. Pero, sobre todo, impedir el enlace de Mauritania y Turquía; unión que, de llegar a realizarse, contaría con el apoyo de Francia. Francia enviaría soldados al Africa y se apoderaría de la ruta de Indias. Dice:

*Entonces, la morisma que está dentro
de nuestra España, temo que a la clara
ha de salir con belicoso encuentro,
haciendo junta y pública algazara;
y al mismo punto el Aquitáneo centro,
volver de Francia la enemiga cara,
bajando el Pirineo, aunque no sea
a más que a divertir nuestra pelea.*

Para Felipe II, paladín de la fe, imagina las dos representativas figuras de sus Octavas: arquetipo, una de ellas, de la guerra; símbolo, la otra, de la Iglesia Católica. El Rey es asesorado de inclinarse rotundamente a la primera, en defensa de los riesgos que a la segunda acosan.

Fortalecer el Estrecho, dominar el Norte de Africa, cegar las fuentes del Imperio inglés; conservar a toda costa Italia; Malta y Corfú, como puntos de apoyo de una política mediterránea; Flandes, «llave de dos reinos y un Imperio», intacto y español, para nuestra hegemonía sobre Europa; los Pirineos, bien vallados; rígida unidad nacional; el interior, un monolito sin posibilidades de fisura.

Tal es el pensamiento poético del Capitán a principios de 1578; el testamento político-militar que, al embarcarse en la empresa lusoafricana de Alcázar, entrega en propia real mano a Felipe II.

No todo en su vida ha sido fácil. Hasta ese instante mismo, en reiterados planteamientos, el poeta ha venido haciéndose problema de la propia intimidad. A través de sus cartas se percibe. Leyéndolas, se nos revela como una cierta nosogenia espiritual del personaje. La epístola a Montano sobre los requisitos de la contemplación de Dios, de reflejos ascéticos; los tercetos —«pocos tercetos escritos a un amigo»—, en que tan vivamente se oponen soldado y cortesano; la carta a Galanio, donde describe con fuerza alucinante una batalla y logra la tan dinámica estampa del caballo en la pelea... (1) El problema es arduo, de difícil dilucidar. Es el

(1) Nada como un manojo de epístolas, poéticas o no, para descubrirnos el fondo del hombre. Me sirvo de la edición crítica de Rodríguez-Moñino: «Francisco de Aldana: Epistolario poético completo». Noticia preliminar y veinticinco cartas: los diálogos completos —dice el colector— entre Aldana y otros escritores. Ocho de las cartas, con un total de casi dos mil versos, son del propio Aldana. Entre las restantes muestran singular interés, para la reconstrucción del temple militar de Aldana, estas composiciones:

Un soneto, a lo platónico, en italiano, que le dirige el Varchi.
Otro perteneciente a Herrera —al doctor Herrera de Arceo—: *Señor Aldana, que en sagrada altura—sustentáis el poder del fiero Marte—, etc.*
Tres epístolas de su hermano Cosme, de dramática premonición:

problema de la duda, con su cortejo de factores inquietantes: la dilogía, la ambivalencia. Así, Aldana o la dualidad. Pero... Garcilaso —*diverso entre contrario, muero*—; Garcilaso o la dualidad. Y Dante: *Ne il si ne il no nel cor mi suona intero*. Y el Buonarrotti: *Un dolce amaro, un si e no mi muove*. Dante, Miguel Angel, Garcilaso, Aldana...

Acabamos de ver: a un tiempo escribe las impetuosas, bélicas Octavas y la contemplativa epístola a Montano. A un tiempo hace sonetos de amor a lo platónico, de aroma renaciente, y Odas al Santísimo Sacramento. Aconseja no emprender la batalla de Alcázar y, no obstante, a ella va y en ella engolfado muere. Es de temple sensual y espíritu virtuoso: con afanes de infinitud y mortal apego a los sentidos. Aunque, partido en dos, no; dividido, no: doblado, multiplicado. Precisamente por su culto a la sinceridad. No puede sentirse como un estar, sino como un ser.

Aldana o la dualidad. ¿Por su sensibilidad creadora? «No sé si miento o si digo la verdad: escribo, eso es todo.» Esta confidencia, que Mauricio León nos hace en su autobiografía, viene glosada por André Gide con palabras y subrayados de casi medio siglo atrás: «*Ser sincero*. Importa comprobar que ese cuidado no habita, sino, justamente, en aquellos que no tienen *nada que decir*.» ¿Por su sensibilidad creadora? ¿O por su sangre extremeña? En uno de mis libros he atribuido al fenómeno de lo extremeño los caracteres distintivos de una cultura fronteriza, del predominio de los contrastes y el barroco como constante histórica. En la epístola a Montano, desde los primeros versos, Aldana abre su corazón, mira

O ese dolor de lejanías, ante un silencio reiterado, que Cosme interpretará sin reproches, sentenciosamente:

*Muestra es el escribir tan breve y corto
que sois corto en amor...*

La canción de Jerónimo de Silva: ¡*Oh, mil veces, Aldana, y mil dichoso;— dichoso tú, que, sin tener mudanza—de fortuna y de amor...*

Y los tercetos, de autor incierto, que principian: *Unico Aldana, en cuanto de Minerva,—...*

dentro de sí y lanza un grito de sinceridad patética: —Yo soy un hombre desvalido —exclama:

... un hombre desvalido y solo.

La desazón, el sentimiento congojoso de soledad, la pugna íntima: he ahí, para Marañón, una sintomatología de elegido, de hombre egregio. Pero... he ahí también el drama en que se acuchilla el poeta, el capitán, hasta el cumplimiento de sus cuarenta años.

Después, ya podía, confiadamente, morir. Quedaba preparado para morir. Francisco de Aldana —*Divino* en el *Apolo*, nacido cuarenta años antes en Valencia de Alcántara; «valeroso y doctísimo soldado y poeta castellano», según Quevedo; *pio Poeta e fier Guerrero*, para el Varchi; combatiente en Flandes, General de la artillería en el asedio de Harlem, Embajador militar en Lisboa; hombre, a la par, contemplativo y ensimismado, «el único Monarca —en el decir de Gil Polo— que junto ordena versos y soldados», sí, sabía alcanzar una muerte propia. Fué allá, en Alcázar, a orillas del Mejazen, sobre la llanura africana, bajo un sol africano, el 4 de agosto. En el último momento de su vida, cubierto de sangre, de sudor, de amargura y polvo, aún oía las palabras aladas del doncel. El Rey Don Sebastián, asimismo en derrota, tras de engolfada lucha y como él mortalmente caído, acudía a sostenerle con la consigna postrera:

—¡Morid, pero lentamente! Morid sin prisa...

